

La serenidad tal vez sea uno de los más atractivos atributos de la belleza. Así es que señora, ante todo y por favor, serenidad.

Dos caballeros actuales (que parecen salidos de otras épocas) nos traen una buena nueva: vienen a liberarnos del yugo de la libertad —esa pesada carga— y a devolvernos gentilmente la felicidad y los privilegios que tuvieran nuestras abuelas. Son machistas, lo declaran sin tapujos, y no sólo no se avergüenzan de serlo sino que aseguran que es la única opción posible —y la mejor— para el caso de ser un hombre verdadero.

Varones como hay pocos hoy en día, se consideran capaces de mantener a su familia sin que se haga necesario que su dama trabaje: pueden llegar a tener dos y hasta tres empleos para lograrlo. Ambos odian a Ester Vilar y quieren que sus respectivas esposas se ocupen de sus hijos, de estar lindas y de cocinar dos veces algo si es que salió mal. El hombre es superior —explican— y por lo tanto la mujer debe servirle y obedecerle sin chistar.

A partir de este punto las convicciones de estos dos extraños seres se bifurcan: uno jura adoración, promete protección y reclama obediencia, y el otro, en cambio, alega que el varón —por definición— está capacitado para gobernar y disfrutar de un harem (se conforma con cuatro mujeres), y sostiene

Los derechos y obligaciones de la mujer, su condición dentro de la sociedad actual y el concepto de libertad para cada sexo son desmenuzados aquí por dos empedernidos machistas. ¿Qué exige y ofrece este tipo de hombre a la mujer? ¿De qué se queja más amargamente? Todo eso y mucho más se dilucida en estas dos jugosas entrevistas

que la mujer —también por definición— cuando se enamora, no quiere más que a su hombre.

Dejemos que se expliquen, por lo menos. Es regla que se ha de conocer algo sobre un tema antes de poder opinar al respecto.

Serenidad, entonces.

De 41 años, casado y con un hijo, el periodista de radio Raúl Portal nos recibe en su casa; una vez que su callada mujer sirvió café y se hubo retirado, el jefe del hogar comienza a hablar sin que se le pregunte nada:

—Soy presidente fundador de la OMA (Organización Machista Argentina), algo que no hago con fines de lucro sino como una cruzada en favor del auténtico feminismo.

Soy machista, conservador, reaccionario, feudal y cavernario, y estoy muy or-

guloso por ser el portador de una buena nueva, del gran mensaje que las mujeres estaban esperando desesperanzadamente: hemos venido a rescatar a la mujer del marasmo de ansiedad, duda e insatisfacción en que está sumida, para devolverle la felicidad, y sobre todo, los privilegios. Cuando se entra en callejones sin salida hay que retroceder. Como ser débil, la mujer tiene que tener privilegios: la OMA viene a liberarla de la supuesta libertad que ha adquirido en los últimos tiempos, porque el trabajo en sí no es una liberación en la medida en que es yugo. El hombre es la guerra, la mujer es la paz y nació para solaz del guerrero.

—*Quisiera saber de qué guerreros está hablando, porque pareciera que últimamente las guerreras son las mujeres. El feminismo es*

un invento de los hombres como parece que desde un tiempo a esta parte son incapaces de mantener a la familia, con el argumento de que la liberación nos han largado a la calle a trabajar, y encima cuando volvemos a casa, tenemos que cocinar.

—Usted está completamente equivocada: no digamos "nos mandan", porque usted está hablando con un machista. Los que las mandan a trabajar son los fofos de espíritu, y de ellos será el reino de las machonas.

—*Pues entonces, la verdad es que está lleno de estos fofos de espíritu.*

—Exactamente, y a ellos nos dirigimos los integrantes de la OMA, porque los fofos de espíritu han creado un vacío de poder que la mujer sobrevio obligada a llenar. Yo no estoy en contra de la mujer que trabaja cuando necesita hacerlo, sino que estoy en contra de la mujer que sale a la guerra cuando cuenta con un hombre que puede hacerlo por ella, porque el poder, el mando, la responsabilidad, no son privilegios: son pesadas cargas. En un mundo superpoblado y tecnológicamente superdesarrollado como el actual, el único lugar en donde puede existir la felicidad —está perfectamente comprobado— es en el hogar. No es que queramos encerrar a la mujer entre cuatro paredes: queremos que sea reina precisamente en el lugar en donde existe la felicidad. El hombre la cerca para defenderla de la guerra que está afuera,

«El perro en la cucha, el malvón en la maceta y la mujer en la cocina»